

# Antonio del Toro

## 1947

### Papalotes

De la mano de un niño como dioses antiguos  
ascienden formas que dan color al viento.  
Un papalote planea tranquilo y solitario  
entre dos peligros: la calma y la galerna.  
Su piloto, artífice del hilo, tiene los pies en tierra.  
Zarpan silenciosos hacia la altura,  
sin quilla ni cubierta, barcos a toda vela.  
Ojos de montaña con paciencia marina  
descubren a lo lejos naves enemigas:  
halcones de papel en el cielo de marzo.

### Contagios

Si nos visitaba el Botafogo salían a la calle los balones,  
durante la Serie Mundial proliferaban las manoplas,  
el suelo de tierra propiciaba las canicas,  
el viento los papalotes,  
el atardecer las escondidillas.  
Siempre a la caza de un juego,  
unas veces nos encontrábamos una liebre, otras un oso.

Danzábamos en multitudes con los juegos de moda  
como los niños del cuento con el flautista de Hamelin.

## Fútbol

Entre la multitud que se agita como un bosque encantado,  
libres del deber, por el gusto del pasto, en la delicia de ver  
rodar,  
de sentir cómo nace del pie la precisión que en la vida normal  
le arrebató la mano,  
estamos reunidos hoy en este campo donde no crece ni la  
cebada ni el trigo;  
somo el coro que lamenta y que festeja,  
el suspiro que acompaña al balón cuando pasa de largo  
y el grito entre las redes  
Nació la pelota con una piedra o con la vejiga hinchada  
de una presa abatida.  
No la inventó un anciano, ni una mujer, ni un niño:  
la inventó la tribu en la celebración, en el descanso, en  
el claro del bosque.  
Contra el hacer, contra la dictadura de la mano,  
yo canto al pie emancipado por el balón y el césped,  
al pie que se despierta de su servil letargo,  
a la pierna artesana que vestida de gala va de fiesta,  
al corazón del pie, a su cabeza, a su vuelo aliado de  
Mercurio,  
a su naturaleza liberada del tubérculo:  
a cada hueso de los dos pies, a sus diez dedos  
que atrapan habilidades hace milenios olvidadas en las  
ramas de los árboles.  
Yo canto a los pies que fatigados de trabajar las sierras  
llegaron al llano e inventaron el fútbol.

# Carlos Montemayor

## 1947

### Hoy estamos en la vida

Hoy estamos en la vida.  
Otros lo sintieron ya.  
Es una rueda celeste que gira  
con las misma fuerza que los soles y las otras estrellas,  
que la vida o las esperanzas.  
Otros ante sus ojos impacientes desnudaron  
los torsos bajo la fragancia de los cuerpos.  
Y durante una tarde mortecina, o al amanecer,  
sentados a la orilla del cansancio,  
sintieron los recuerdos como piedras preciosas  
que imprimían su vestigio en la carne,  
como una palabra que ninguna boca expresa  
pero que todos escuchan.  
Y ahora hemos llegado.  
Nos corresponde estrechar los cuerpos  
como si fuera un asunto de vida o muerte:  
nos corresponden los poderosos llamados de todas las cosas,  
la embriaguez que es un río luminoso,  
un heroísmo de cuerpos conmocionados por la dicha y los vasos.  
Nos corresponden acariciar todas las cosas como si fueran cuerpos,  
creer que el ayer es sólo hace algunas horas  
y el mañana nuestra tardanza.  
Nos corresponde abrir los cofres de la ideas y verterlos como  
nos plazca.  
Y usurpar los lugares amados por todos los que han amado,  
usurpar las horas intensas de todos los que han vivido,

usurpar las casas derrotadas y saqueadas  
como si fueran una ciudad nueva, una doncella;  
usurpar la realidad, por algunos momentos,  
como si sólo para nosotros su sol calcinante fulgurara.

## Catedral

También en mí, con los años han cambiado  
en los muros los nombres de Dios,  
se ha acumulado polvo en rincones, gradas y columnas.  
También de mis muros se desprenden los dorados mosaicos.  
O Luz, aquí, ahora, entre nosotros,  
desciende lentamente, pero no termines,  
queda suspendida como el recuerdo  
que nos atraviesa el alma del nacimiento a la muerte,  
como el recuerdo luminosamente puro, serpentino,  
que extiende su cordel como un hilo luminoso de amantes  
para que surquen a través de muchos cuerpos  
y se encuentren de nuevo, y vuelvan a ser,  
antes de la nueva muerte.  
Sostén esta grandeza, oh Luz,  
atraviésanos como un ave lujosa y humilde,  
levanta esta grandeza como se levantan los cuerpos,  
como se eleva el amor entre millares de cuerpos,  
y las palabras broten como una brisa  
refrescando los frutos, las frentes sudorosas,  
las espaldas amadas,  
los muros elocuentes que intentan  
convencerse a sí mismos de este mundo.

# Mariano Flores Castro

## 1948

### Maestro de obras

Atendí la inspiración de Fidias  
en el templo y polvorín de Atenas  
el valle del Loire sintió mi paso  
mi ambición más alta que sus torres  
diseñé los acueductos en Asiria  
con la anuencia de sabios arquitectos  
las terrazas en Deir El-Bahri  
y la puerta de los leones en Micenas  
construidos por la noche para el día  
recibí vagas órdenes y pago  
inferior a mis dones  
mis señores pedían: «que mi tumba  
iguale la carrera de los siglos»  
mendigaban tiempo no construcciones  
gocé en silencio  
bajo esas lámparas insuficientes  
mis viejos planos corregidos  
y el secreto placer de haber sacado  
mis propias conclusiones  
yo que erigí esta cárcel en Gaeta  
debo morir entre sus muros  
por negligir las órdenes del César  
que ignora el cálculo

### El fondo de las cosas

Hablaba por hablar,

necesitaba el beso de un licor de seda  
y volúmenes, huellas ensartadas, médulas.  
Pez de calle estrecha, iba sin rumbo fijo  
surcando ansioso el rito de tu copiosa sombra,  
me ensalivaba el dedo para enjugar tu sexo,  
podía elegir altos destinos para tu boca:  
espumas, cactus de cristal.  
Marino y lobo, espectral al tacto, perdí  
la calma y rodé entre tus ramas de zarza carnívora.  
Barroca la entrada y clásica la salida.  
Te pedí lo mío. Pusiste un dígito quiero  
en mis imágenes abiertas, una chupada  
de hollín junto a las pendientes,  
una galaxia de besos bajo las axilas,  
una ofrenda de cúpulas tiernas para labios voraces  
engastados en el hilo de placer de las lenguas,  
hojas blandas en el grito desgranado.  
Más se irguió así tanta sangre presa, en su celda  
de almejas coraladas; más alto y firme  
acudí a los dobleces de tu jadeo, mirándote vivir,  
continente ya, suelta de amor anillante.  
Te volviste, oráculo de aspás nerviosas,  
tres veces giraste en tu horizonte vertical,  
rayaste en lo cómico, reías sin pensar, actuando  
sobre lo hablado, querías «ir al fondo de las cosas».  
Ah, novedad ganada, concedías unos minutos  
pero no la vida. Ibas tras los fuegos de mi aliento  
hasta un nuevo punto en las caricias,  
para emplazar partes intactas, para lamer  
esas blanduras donde la miel traza su analogía  
y el encanto húmedo revela su perla,  
para enseñarme al fin a ser  
amante de tus costillas, monaguillo de tus nalgas,  
agua de tu primer baño, tierra de tu pequeña muerte.

# Marco Antonio Campos

## 1949

### Mi odio

Odio a los que para acomodarse la corbata  
se tardan un diciembre;  
a los que después de haber escrito  
versos de perro dolido  
mendigan la alabanza ajena.  
Odio a los que desprecian  
la mujer que los acosa  
por un sueño que nunca alcanzarán,  
y a los que con teología  
—pulcramente inexacta—  
se sirven de los imbéciles.  
Día a día, Marco Antonio Campos  
vigilé tus actos,

### Principia

Los otros precisan palabras,  
sonrisas llenas de vino,  
halagos que terminan por creerse.  
Pero yo trabajo mi vida, mis palabras,  
para el arrepentimiento de los otros.

### Contradictio (1)

El ajedrez de la muerte  
se quedó en una pieza

Arrojo los naipes, trémulo, incendiado  
y no dicen mi suerte

Y tuve una bestia de orgullo  
que arrastró mi bestia

Moribunda,  
una mujer pasea triste, descalza en la calle

Y es tarde para ser otro hombre

Salgo de mi casa, pontífice, ajeno,  
con el crucifijo —una mujer—  
colgado en mi tristeza

Si regreso, Señor,  
quiero ser otro pero no Campos

¿Para qué vivir agarrado como loco al reloj?

Ya la gula de vivir se detuvo en mi garganta  
Y mísera mi perra más odiada fue la angustia

Pero, Señor, yo converso en voz alta,  
en voz baja converso, sí,  
cosa distinta en que no oigas

Antes, entre otro océano,  
arrepentí, modifiqué el pasado

Y tus ojos caminaron tristes, inmensos,  
en las páginas de mis libros

Mañana partiré, me iré del todo  
Aunque hoy puedo decir:  
tengo amigos, no amo a mujer alguna,  
el tétano del sol duerme en la ciudad de México



# David Huerta

## 1949

### Escena de costumbres

La región que buscabas en el azul del sábado es una reliquia  
desprendida del corazón húmedo del aire: una zona de poca  
fortuna  
para la riqueza de tus manos —rectas y dolorosas, medidas en el azar  
de un brusco acercamiento  
o penetradas por el disturbio de una desnudez que nadie sospecharía

Ahora tu escena es una composición de velocidades e imaginaciones  
nuevas:  
accidentes de cacería, oscuros trapos, paredes repletas para tu ojo  
sin costumbre.  
Tu cuerpo es un vino que atravesaba la confusión de cuerdas y  
relojería sin manchar el mantel.  
una medicina en la atmósfera de cabellos del sábado, una pálida risa  
que se desvaneció detrás de ti.

Escucha cómo se propaga la escasa conversación de los otros,  
tensa en las bocas cuidadas para la muerte, ilesa y reflejante  
como una gastada maquinaria sobre la carne del mundo,  
tocada una y otra vez por la salud y el orgullo, invadida por un  
enorme paisaje conmovedor.

### El joven deja de serlo

Ahora ven a la basura del día,  
examina estos pedazos de realidad: luz entre los cabellos,

el sudor y su brillo, sobre qué, agua en esta boca,  
el ojo todo-teatro, la agrupación sumaria de tu cuerpo  
inmóvil, entre el polvo, las hierbas, las calles frecuentadas,  
la amargura del alumbrado artificial,  
la húmeda prueba de que aún estás aquí, sobre esta cosa  
deshecha y vuelta a construir con una «ciega obstinación»,  
sobre este humo de ideas y estas fragmentaciones  
de duda terrestre, de calor inexplicable, de terrores nocturnos,

como si caminaras por el jardín con un ramo de flores que se  
convierte en un muñón pegajoso,  
como si vieras en un segundo toda la mordedura que el tiempo te  
tiene preparada,  
como si en la basura vieras tus ojos disueltos en una ardiente  
mezcla,  
como si en un instante salieran de tu cuerpo todos los nervios  
y quedaras a la orilla del lago, indiferente al dolor y a la alegría,  
desvanecido por dentro y abandonado a la soledad neutra:

esta basura ha brillado largamente, toda la tarde ha brillado  
junto a tus manos, apagadas en el filo de esta opacidad,  
mientras esperabas la decisión para tocarla,  
el día pasó como una mano más grande sobre tu frente oscurecida

y te estableciste en la noche sobre un terreno seguro, muriendo en  
cada gesto,  
y ahora debes acercarte a ver el corazón de estas materias,  
debes rodear con un abrazo estas equívocas pertenencias,  
meter la cara en estas destacadas colocaciones  
y debes hacerlo en una articulada prudencia, con una sonrisa de  
animal joven, con un desdén meticuloso.